

Paisaje

Francisco Giner de los Ríos

I

Todo el mundo sabe lo que es un paisaje; y sin embargo, ¡qué concepto más complejo encierra esta palabra! A primera vista, quien dice “paisaje” parece decir “campo”; pero el desierto dista mucho de ser campo y nadie negará que es paisaje. Además, si por campo se entiende una comarca con vegetación, donde la vida del animal y la planta prepondera sobre la del hombre, por oposición a la ciudad, donde acontece lo contrario, en el paisaje, concepto mucho más comprensivo, pueden entrar, no sólo los caseríos y los pequeños grupos de población rural diseminada, sino las ciudades mismas, por grandes que sean, a condición de avenirse a no representar más que uno de tantos accidentes, de subordinarse a la naturaleza –por decirlo así– deshabitada, merezca o no el nombre de campo. De esta suerte es como, al par de los elementos puramente espontáneos, contribuyen también y enriquecen al paisaje otros (casas, caminos, tierras cultivadas, etc.) que son obra ya del arte humano, y hasta el hombre mismo, cuya presencia anima con una nueva nota de interés el cuadro entero de la Naturaleza.

Por esto podría decirse en algún modo que la pintura de paisaje es el más sintético, cabal y comprensivo de todos los géneros de la pintura. Pero, si dejamos a un lado el antiguo paisaje llamado “histórico”, donde se representan a un tiempo, equilibrando su interés, perspectivas campestres y escenas de la vida social, en el paisaje puro y sin aditamentos, la figura humana no entra sino como un ser físico, como una forma, como una nota de claro-oscuro o de color, aunque siempre ofrezca a nuestros ojos cierto valor ideal de un tipo, de una clase, de un género de vida determinado, verbigracia, aldeanos, caminantes, cazadores, pastores, artistas.

En su más rigurosa acepción, el paisaje es la perspectiva de una comarca natural; como la pintura de paisaje es la representación de esa perspectiva. A poco, sin embargo, que se reflexione sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre

(que no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros; el sentimiento y consciencia de la agilidad de nuestros músculos; el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro ser, y hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera a la sensiblería de una estética afectada y romántica... todo, ya más, ya menos, contribuye a producir en nosotros ese estado y a preparar el segundo momento, el momento ideal, de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido.

Aun reduciendo el paisaje a una perspectiva, y su percepción a la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de factores que intervienen para constituir-la: tantos como fuerzas, seres y productos despliega la Naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores; la atmósfera con sus celajes, el hombre con sus obras; los animales y hasta el cielo con sus astros y con el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro a cada hora del día y de la noche. Ahora bien; de todos estos elementos, hay uno en el que tal vez no siempre se repara bastante: el suelo. Sin duda que no hay quien desconozca el papel, por ejemplo, de las grandes montañas en el paisaje o del contraste entre el mar y la costa; pero a esto se reduce casi todo. Vischer mismo, que en su *Estética* tan extraordinaria amplitud concede al estudio de la belleza en este orden, descuida, sin embargo –cosa explicable por sus ideas–, muchos puntos.

El suelo, la costra sólida del planeta, como elemento de paisaje, prescindiendo de las corrientes de agua y de la vegetación, ofrece por sí solo datos suficientes para constituir una que podría llamarse “estética geológica”. El primero de éstos es la naturaleza de los materiales que lo forman. Así, por ejemplo, hay paisaje granítico, basáltico, de aluvión, etc. Todo el mundo, v. gr., distingue el pintoresco dentellado con que se recortan sobre el azul del cielo las Pedrizas del Manzanares en la vecina sierra Carpetana, y el suave modelado de los cerros que rodean a Madrid. Aquéllas son de granito; éstas de diluvio cuaternario. El granito, por su composición y estructura, presenta una cierta resistencia, así en cantidad como en dirección, a los agentes atmosféricos; merced a lo cual, no se deja destruir sino en un cierto sentido, de donde nacen a su vez ciertas formas. Doquiera que aflora al descubierto, el agua, al resbalar sobre sus masas, las redondea, produciendo, en las pequeñas, esas superficies ásperas, rugosas, cubiertas de líquenes, que interrumpen la continuidad de la tierra vegetal; y en los grandes cantos, la configuración peculiar de las “piedras caballeras”, monolitos a veces enormes y que en ocasiones oscilan como otros tantos monumentos megalíticos naturales; hasta que, la radiación del calor, que las dilató durante el día, las contrae por la noche, las hiende, las raja en mil grietas, que luego, al hincharse dentro de ellas el hielo, estallan, desprendiendo gigantescas esquirlas; y éstas, apiladas unas sobre otras, forman ese agudo dentellado de las cimas graníticas de nuestra cordille-



Aureliano de Beurete. El Guadarrama desde la Moncloa. (Museo Sorolla. Madrid)

ra: dentellado, sobre todo visible allí donde se entrelazan dos tipos de granito: uno más resistente; otro más quebradizo y más blando.

Por el contrario, la lenta sedimentación de los aluviones cuaternarios depositados en el valle de Madrid, con proceder exclusivamente de la trituración de los materiales de la propia sierra, ha hecho imposible en él toda aspereza y toda forma abrupta: los grandes horizontes, cuyos últimos términos se funden dulcemente en el celaje, el inmenso radio de las ondulaciones del terreno; las cumbres rectilíneas de los cerros, semejantes al "conoide" de los geómetras; la uniformidad, pero no monotonía, que reina en toda esta región, contrastan con la cordillera, realzando este contraste la vegetación, tan distinta en una y otra zona. En la montaña, severa hasta la majestad, todo es mate y adusto: los líquenes que tiñen el verdoso granito; el monte bajo, cuyo tono apenas templan, allá en la primavera, el morado cantueso, la amarilla flor de la retama, el rojo de tal cual amapola o de las opulentas peonías; el sombrío verdor de los pinos, que se alzan sobre ellos, ora esbeltos y erguidos, ora corpulentos y nudosos, o muertos con el gris de plata de sus ramas desnudas, retorcidas y secas. Abajo, en el amplio valle, la luz es más igual; las sombras, menos acentuadas, los tonos, más ricos y brillantes; los olmos, los chopos, los sauces, los espinos, las zarzas agotan casi todos los matices del verde, desde el álamo blanco al negro de la encina; y en medio de las tierras sembradas y de las praderas, con su yerba corta, fina y rala, clarean sobre el suelo anchas ráfagas sonrosadas, de una espléndida carnación luminosa.

Suaviza, sin embargo, este contraste una nota fundamental de toda la región, que lo mismo abraza al paisaje de la montaña que el del llano. En ambos se revela una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío, como los que se advierten en el Greco o Velázquez, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España. Nada alcanza a dar idea de él como su comparación con las formas que más frecuentes son en nuestras comarcas del Norte y el Noroeste, y en especial de Galicia. En las reberas del Saja o del Nalón, pero más aún en las encantadoras orillas del Miño o en las rías bajas de Pontevedra, todo es gracia, armonía, proporción, encanto: los valles son cerrados y pequeños; los cerros, bajos; pálido el azul del celaje; el verdor de los árboles, transparente; fresco y brillante el de los prados: la naturaleza entera sonrío en una media tinta que lo envuelve todo y hace imposible la ruda acentuación de contrastes enérgicos. Es la belleza femenina, expresión de una actividad desplegada sin lucha en un ritmo tranquilo. Aquí por el contrario, asoma por doquiera el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso al través de obstáculos sin cuento; y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así también el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo, de puro azul, casi negro. Es la nota varonil, masculina, que pudiera llamarse. "Los valles del Guadarrama —me decía ha poco uno de mis compañeros de excursiones— se sonrío también, pero a su

modo: no como los niños de Murillo, sino como los de Miguel Angel." Precisamente por esto, la grave y austera poesía de un paisaje cuyo nervio llegaría hasta la fiereza, si no lo templasen la dignidad y el reposo que por todas partes ofrece, es menos accesible al sentimiento del vulgo. Éste pondrá siempre a Lucas della Robbia sobre Donatello; a Bellini sobre Beethoven; a Perugino sobre Signorelli; a Lamartine sobre Dante. ¡Dichosa tierra, sin embargo, aquella, que puede, como España, concentrar ambos tipos, el varonil y el femenino, en el paisaje de sus varias comarcas!

Esta relación del suelo con el paisaje, de la geología con la estética, que ya ilustraron en sus tiempos un Cuvier y un Humboldt, presenta problemas de interés extraordinario. Respecto de los materiales de los terrenos arcaicos, v. gr., pueden observarse delicadas diferencias entre las formas graníticas y las gnáissicas, diferencias tan visibles casi como las que separan ambas clases de formas de las que ofrecen los conglomerados del Montserrat, o las calizas carboníferas en las cumbres de los Picos de Europa, o los depósitos lacustres de los llanos de la Tierra de Campos. Sin embargo, la distinta posición orográfica de unos mismos materiales, esto es, el plegamiento de las capas, influye considerablemente en el paisaje. Igualmente, una acción química superficial puede dar a las rocas un aspecto muy diverso del que usualmente revisten. Recuerdo el magnífico tono frío amoratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido a la hidratación del óxido de hierro contenido en las micas de sus gneises; mientras que en el puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de la Maliciosa y de las Cabezas de Hierro), y en tantas y tantas otras partes, ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y transparentes, merced a otro grado de hidratación de esos mismos hierros.

II

Un escritor, un jurista por cierto, Carlos Salomón Zacharías, ha dicho: "El desierto, la palma, el camello, la tienda, el beduino forman un todo indivisible". Esta relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el medio natural, en suma, y el hombre, relación que se imprime en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde trasciende a nuestros gustos, hábitos, artes, a la obra y modo entero de la vida, se advierte por extremo en la región que se despliega sobre la falda Sur de este tramo central de los montes Carpetanos. La raza, las ciudades, las habitaciones, el modo de vivir, el carácter, se corresponden en unidad perfecta. Repárese, por ejemplo, en el traje con su reducida gamma [*sic.*] de colores. El negro, el blanco, el pardo, preponderan despóticamente; y sobre este fondo, luego, se destacan sobrias notas de azul oscuro y rojo. Mas al Sur todavía, esta gamma [*sic.*] se va reduciendo, hasta apagarse en el negro vestido de los toledanos;

pero desde allí comienza a brillantarse más y más, culminando en el iris espléndido de las andaluzas. Al N. de la sierra, en Ávila, en Segovia, en Salamanca, se reproduce igual fenómeno, nuevas notas se añaden, sobre todo visibles en el pintoresco atavío de las charras, y sigue así creciendo y enriqueciéndose más por León, Asturias y Galicia, aunque sin llegar a las pompas del Mediterráneo. ¿Hay mayor prueba del organismo universal de la vida?

Rompamos un momento los vínculos de la servidumbre cortesana y vámonos al campo, que está mucho más cerca de Madrid de lo que tantos se figuran. Subamos, por ejemplo desde la estación de Villalba, por la carretera, dejando a la derecha la entrada al valle de Berrocal, que riega el Manzanares, con sus pueblos, resguardados entre la Maliciosa y el Serrajón; y a la izquierda, en medio de las dehesas, a Alpedrete y Collado Mediano. Parémonos en la venta de las Salineras, volviendo cara al Sur, hasta dominar otro valle más alto, el de Navacerrada, ya a nuestra izquierda entonces; y al frente, toda la anchurosa región central del Tajo, que limitan al O., primero, los montes del Escorial, en la falda de los cuales se destacan los tonos fríos del Monasterio; después la Paramera de Ávila; más allá, la sierra de Gredos: en lontananza, la Oretana; y de otro lado, por Levante, hacia el Sur, Somosierra, entre cuyas últimas estribaciones se continúa la ancha meseta que atraviesa el Tajo para llevar sus aguas por Extremadura a Lisboa. Subamos todavía; ya comienza el pinar, que va poco a poco espesándose por toda la rápida pendiente, a uno y otro lado del camino. A nuestros pies, en el fondo del valle, al Oeste, tenemos a Cercedilla; más al Sur, los Molinos; luego, Guadarrama: los tres pueblos, con su color severo, que apenas se destaca del paisaje, en uno de sus más hermosos repliegues.

Dejamos muy atrás la zona de la vid; estamos en plena región alpestre. Sigamos, y llegaremos a la cumbre, al puerto de Navacerrada, límite de las dos Castillas, cuyo desnivel se advierte al punto, y divisoria entre el Tajo y el Duero; y si tomamos por la ladera hacia el Este, con sólo subir unos cien metros, al primer cerro de las Guarramillas, contemplemos el más grandioso panorama. Tenemos debajo las apretadas masas de los pinares de Valsain, al fin de cuyos tonos, oscuros y enérgicos, clarean con espléndida luz los llanos de Segovia, que muestra allá en la bruma las torres de sus monumentos; coronándolo todo el imponente macizo de Peñalara, al Este del cual se extiende el suave cordón, que forma el puerto del Paular y defiende el valle del Lozoya; mientras que al Sur, la meseta de Castilla la Nueva, en que Madrid dibuja apenas su silueta cárdena, prolonga las curvas de su modelado hasta perderse en el celaje, y al Oeste, la cadena de la cordillera viene corriendo por cima del Escorial a cerrar del otro lado el puerto con las quebradas alturas de Siete Picos. Desde este núcleo, multitud de ríos se van formando y despeñando en distintas direcciones: por la vertiente meridional, el Guadarrama, el Manzanares, el Guadalix, el Lozoya, el Jarama, que más o menos pronto llevan sus aguas hasta el Tajo; por la vertiente Norte, el Eresma, el Valsain, el Clamores, el arroyo de Moros, que van a acabar en el Duero.

Jamás podré olvidar una puesta de sol, que allá, en el último otoño, vi con mis compañeros y alumnos de la *Institución Libre* desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío, en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro, amaratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa. Y entonces, sobrecogidos de emoción, pensábamos todos en la masa enorme de nuestra gente urbana, condenada por la miseria, la cortedad y el exclusivismo de nuestra detestable educación nacional a carecer de esta clase de goces, de que, en su desgracia, hasta quizá murmura, como murmura el salvaje de nuestros refinamientos sociales; perdiendo de esta suerte el vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza.

El cuerpo, por su parte, enteco, muelle, decaído, sin aquel vigor varonil que el griego estimaba señal del ciudadano, tiembla de la humedad, del calor, del viento, de la lluvia, del frío, víctima de un sistema nervioso en perpetua corea; huye del aire libre como de su mayor enemigo y pone por ideal del hombre sano una especie de crisálida, revuelta en innumerables estratos de vidrio, lana y algodón y medio podrida entre la mugre de sus exudaciones pestilentes.

Y, sin embargo, para sentir en nuestra alma impresión como aquélla, y en nuestro cuerpo el roce vivificante de la Naturaleza maternal, no hay que emprender la peregrinación a los Alpes, ni a Sierra Nevada, ni a los Picos de Europa, ni siquiera a la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuega al Manzanares; ni aun adelantarse hasta las Cabezas del Hierro, y los espléndidos valles que dominan, sino soportar hora y media de ferrocarril, dos de diligencia y hacer a pie un trayecto como el que cualquier madrileño tiene que recorrer desde su casa a cualquier parte por céntrico que viva...!

Pero es ley que todo pueblo, dormido en secular postración, cuando despierta de nuevo a la cultura, no pueda comenzar por volver los ojos hacia el horizonte más cercano, sino a los más distantes. La misma ley que lleva a sus pensadores, como a sus políticos, a estudiar antes la ciencia, la historia, las instituciones de otros pueblos que las del suyo propio, arrastra a sus viajeros a contemplar y gozar el paisaje remoto, mientras llega aquel día en que el desarrollo de la cultura en su nación, y el de la suya propia, le permitan tender la mano para coger el fruto, menospreciado tanto tiempo, con tenerlo tan cerca. Tal acontece en España, y por tanto, en Madrid, donde la inmensa mayoría de la gente se abrasa y consume en la fiebre de los negocios, en la

de la política y hasta en el pensamiento y el estudio (tan grave y dolorosa como las demás) o se aburre en la estéril pereza. Apenas la caza redime a unos cuantos de esta anémica vida ultraurbana; pero es por muchos modos impotente, y en particular por lo que desconcierta con el tono general de esa vida, para compensar su desequilibrio y labrar en las honduras del espíritu camino de regeneración y de progreso. La organización de sociedades alpinas o de excursiones, al modo de las de Cataluña, contribuiría sin duda y de mejor manera a aquel fin; especialmente, si pudiesen evitar las formas frívolas, vulgares e insignificantes que el *sport* suele revestir entre nosotros.

Francisco Giner de los Ríos